

Un Siervo Desviado está Detenido por Dios

Un sermón sobre Jonás 1:7

Por Rev. A. Moerkerken (sermón 1 de 5 en esta serie)

Lectura Bíblica: Jonás 1

Salterio 325:1, 2, 3

382:1, 3, 4

114:1, 2

202:1, 3

Introducción

Queridos amigos, en Isaías 12:1 las palabras del profeta nos llaman la atención: “*Cantaré a ti, oh Jehová, pues aunque te enojaste contra mí, tu indignación se apartó, y me has consolado*”. ¡Qué cosa más terrible es cuando el Señor se enoje con una persona, especialmente con un hijo de Dios! Isaías recibió la gracia para *cantar* sobre esto, pues él se da cuenta de que a veces Dios *necesita* enojarse con Su pueblo para así volverlo a Él. David no aprendió de la justicia y la ira de Dios al leer libros sobre eso. ¡No! David aprendió los justos juicios de Dios cuando estuvo afligido, y por eso él dice en Salmos 119:67: “*Antes de que fuera yo humillado, descarriado andaba, mas ahora guardo tu palabra*”.

Amada congregación, hoy deseamos meditar en la vida de un profeta de Dios que se llamaba Jonás. Jonás había desviado mucho del camino del Señor, pero fue devuelto a Dios a través de muchas aflicciones. Se encuentran las palabras de nuestro texto en los primeros siete versículos de Jonás 1, de los cuales solamente leeremos la última parte del versículo 7, donde leemos: “*Y la suerte cayó sobre Jonás*”.

Nuestro tema principal es:

UN SIERVO DESVIADO ESTÁ DETENIDO POR DIOS

Y vamos a considerar los tres puntos siguientes:

1. Una tarea difícil;

2. Un siervo de Dios que huye; y
3. Jonás se hace culpable.

PRIMER PENSAMIENTO

Amigos, el libro de Jonás comienza con las palabras: “*Vino palabra de Jehová a Jonás hijo de Amitai*”. También leemos sobre Jonás en la última parte de 2 de Reyes 14, donde nos dice que este siervo de Dios vivió en Israel durante el tiempo del rey Jeroboam hijo de Joás. Este rey Jeroboam fue el segundo rey de Israel con el mismo nombre. El primer rey Jeroboam fue él que reinó sobre las diez tribus de Israel después de la división del reino durante el reinado de Roboam, hijo de Salomón (1 Reyes 12). En cambio, Jonás profetizó durante el tiempo de este segundo rey Jeroboam unos cincuenta años antes de que los israelitas fueran llevados como cautivos a la tierra de Asiria.

“*Vino palabra de Jehová a Jonás, hijo de Amitai*”. Jonás fue un siervo de Dios, que es un gran privilegio, pero aún más importante, Jonás fue *hijo* de Dios, aunque leemos mucho sobre su rebelión contra su Dios. Una y otra vez Jonás se desvió del camino de Dios. Se cree que el mismo Jonás ha escrito este libro por la inspiración de Dios, y vemos que la gracia de Dios hace que una persona sea *honesta* acerca de sí misma. Jonás escribió sobre sus propios pecados y desvíos, y no los ocultó.

Jonás había recibido un mandato de Dios, y leemos esto en versículo 2 de nuestro capítulo: “*Levántate y ve a Nínive, aquella gran ciudad, y pregonas contra ella; porque ha subido su maldad delante de mí*”. Jonás tenía que viajar unos mil kilómetros hacia aquella “gran ciudad” pagana que se llamaba Nínive. La historia nos cuenta que los muros de Nínive medían 20 metros de ancho y 30 metros de alto. Para viajar desde la puerta de un extremo de esta ciudad hacia la

puerta al otro extremo, ¡uno tenía que caminar por tres días! De verdad esta fue una ciudad grande.

En el tiempo de Jonás, Nínive era notoria por ser una ciudad con habitantes sumamente crueles. La historia nos cuenta sobre las conquistas de parte de los ninivitas, que destruían a todos los ejércitos que luchaban con ellos. Incluso, Dios iba a emplear a los ninivitas para llevar a Su pueblo Israel al exilio. Y aún así, ¡Jonás tenía que ir a *esa* ciudad para “pregonar contra ella”! Jonás tenía que ir a Nínive con el mensaje de Dios, que iba a ser *contra* la ciudad y sus habitantes. Jonás tenía que predicar: “*De aquí a cuarenta días Nínive será destruida*”. (Jonás 3:4). Jonás no fue permitido preguntar el mensaje del Evangelio, sino que solamente podía predicar la justicia de Dios. ¡Qué mandato! Imagínense ustedes que un siervo de Dios sólo nos pudiera predicar el mensaje de la Ley y del juicio, pero nada del Evangelio ni de consuelo. Sí, Jonás tenía que pregonar contra la ciudad de Nínive. ¡Qué tarea más difícil!

Dios dijo a Jonás: “*Pregona contra ella, porque ha subido su maldad delante de mí*”. Para Dios, la maldad de los ninivitas había llegado al colmo, y la “copa” de su pecado ya estaba llena. “*Ha subido su maldad contra mí*”. ¡Qué terrible es nuestra maldad que sube delante de Dios! ¡Nosotros también vamos llenando esa “copa” del pecado más y más! Una y otra vez nuestra maldad sube delante de la presencia de Dios. Con pensamientos, palabras y obras sube nuestra maldad delante del Señor, hasta que uno de dos cosas ocurre: o el Señor nos hace culpable ante Él, o el hilo de nuestra vida se corta y morimos.

Ahora, en nuestro segundo pensamiento, vamos a considerar **un siervo de Dios que huye**.

SEGUNDO PENSAMIENTO

“Y Jonás se levantó...”. La palabra que se traduce “y” aquí realmente significa “pero” en este contexto, y por eso la mayoría de las traducciones de la Biblia, también en inglés y holandés, dicen “*Pero Jonás...*”. Fijémonos en esta palabra “pero”. Nos manifiesta que el camino de Jonás fue opuesto y contrario al camino de Dios. ¿Sabes tú algo de la gran “pero” en tu vida, cuando no estás conforme ni de acuerdo con los caminos de Dios? Por nuestra naturaleza, también nosotros estamos en contra de Dios y estamos opuestos a Su mensaje, y eso se manifiesta en nuestra incredulidad y enemistad.

“Y Jonás se levantó para huir de la presencia de Jehová a Tarsis”. ¿Por qué Jonás no quería ir a Nínive? ¿Acaso el Señor no le había dado ese gran mandato? En primer lugar, el mensaje que Jonás tenía que llevar fue un mensaje difícil. Aún era difícil predicar este mensaje entre las diez tribus de Israel, pero por lo menos él estaba entre su propio pueblo. Ahora Jonás tenía que ir a esa ciudad terrible, a Nínive, donde él suponía que no había siquiera una persona con el temor de Dios. Jehová había dicho al profeta Elías que quedaban en Israel siete mil cuyas rodillas no se doblaron ante Baal (1 Reyes 19:18). Sin embargo, Jonás sólo esperaba la burla, la enemistad y la oposición de los ninivitas, y por lo tanto él no quería ir a esa ciudad.

En segundo lugar, el temor de Jonás iba más profundo. Como profeta, Jonás sabía que luego el Señor iba a emplear a los ninivitas para llevar cautivo a Israel. Sabía que Nínive sería como la vara en las manos de Dios para llevar a cabo la destrucción de Samaria. Y ahora, ¡Jonás tenía que llevar la palabra de Dios a esa ciudad! ¿Saben ustedes lo que temía Jonás? Oh, él conocía al Señor, y sabía que “*Misericordioso y clemente es Jehová; lento para la ira, y grande en misericordia*” (Salmos 103:8). Durante su propia vida, y en sus propias experiencias, Jonás había aprendido que Dios es bondadoso para con pecadores. Por lo tanto, Jonás temía que Jehová iba a postergar el juicio de Nínive si los habitantes se arrepintieran. En Jonás 4:2 leemos estas propias

palabras de Jonás: *“Ahora, oh Jehová, ¿no es esto lo que decía estando aún en mi tierra? Por eso me apresuré a huir a Tarsis, porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de gran misericordia, y que te arrepientes del mal”*.

Oh amigos, ¡Jonás no quería que los ninivitas se salvaran! ¿Será posible en la vida de un hijo de Dios que aún no se quiera que otra persona se salve? Oh hijo de Dios entre nosotros, ¿nunca has visto este pecado en *tu* corazón? El pueblo de Dios aprende que muchas veces les falta el amor a su prójimo tanto, de modo que ni siquiera desea que se salven los demás. Y amigos, esto fue el motivo principal de la huida de Jonás de la presencia de Jehová. Él no estaba conforme con los caminos del Señor, y no estaba de acuerdo con lo que Dios iba a hacer. Por eso Jonás viajó rumbo a Tarsis, al lado poniente, cuando el Señor le había mandado viajar a Nínive, al lado naciente. Tarsis era una ciudad en la costa del sur de España, a una distancia de más de mil kilómetros al *Oeste* de Joep, donde Jonás halló una nave. En cambio, Nínive se encontraba unos mil kilómetros al *Este* de Joep. Fíjense en la gran distancia entre Tarsis y Nínive – ¡unos dos mil kilómetros!

Ahí va huyendo el siervo de Jonás. La Biblia dice que huyo *“de la presencia de Jehová”*. ¿Qué quiere decir esto? ¿Acaso se puede huir de la presencia del Señor? No, al contrario, Jonás sabía que Jehová lo miraba cuando huía a Tarsis, pues él sabía que *“Los ojos de Jehová contemplan toda la tierra”* (2 Crón. 16:9). Cuando el Señor dio el mandato a Jonás para ir a Nínive, el profeta estaba viviendo una vida cerca de Dios, y gozaba de la presencia de Dios en su vida. Pero ahora Jonás quería dejar esa presencia, y a propósito él interrumpió esa comunión dulce que había tenido con Dios. ¿Qué pasó entonces? Ya no tenía la paz en su corazón, y ya no podía orar más. Tal vez doblaba sus rodillas, pero ya no experimentaba la dulce comunión del Señor. Eso es lo que quiere decir que Jonás huyó *“de la presencia de Jehová”*.

En el puerto de Jope, Jonás halló una nave que partía para Tarsis. ¡Qué maravilla! La providencia de Dios se extiende sobre *todas* cosas, pues aunque este hombre iba en un camino equivocado, había una nave que justamente partía para Tarsis. Oh amigos, sí, Jonás halló una nave, pero sus acciones no estaban en el *favor* de Dios. Nosotros siempre debemos orar que el Señor nos enseñe *Sus* caminos, y que nuestro camino sea según Su voluntad y según Su Palabra. Jonás subió la nave que partía para Jope, pero esto no era el camino que Dios le había indicado. Y, leemos que Jonás pagó su pasaje, que seguramente era muy caro. Sea cual fuere el precio, Jonás lo iba a pagar, y “*entró en la nave para irse con ellos a Tarsis, lejos de la presencia de Jehová*” (v. 3).

Oh, ¡cuán profundo puede caer un hombre! Luego, cuando los marineros le preguntaron a Jonás qué oficio tenía y de donde venía, Jonás les declaró que huía de la presencia de Jehová. Así él manifestó su estado indiferente y lamentable. Aquí vemos a un siervo de Dios que ha caído muy profundo.

En nuestro tercer pensamiento, vamos a hablar de un **Jonás que se hace culpable**.

TERCER PENSAMIENTO

Ahora hemos llegado a la palabra “pero” del versículo 4: “*Pero Jehová hizo levantar un gran viento en el mar*”. Podemos observar de estas palabras que esto no fue como cualquier viento, ni esta tormenta fue como una tormenta cualquiera. Los marineros tuvieron mucho miedo, y se preguntaban por qué les había venido ese mal. Normalmente los marineros saben mucho sobre el clima, y son los que mejor pueden decir si viene una tormenta o no. Sin embargo, no fue así con esta tormenta. El clima había sido ideal, y de un momento a otro el cielo se puso oscuro. Se oía

un fuerte ruido, y muy inesperadamente “*hubo en el mar una tempestad tan grande que se pensó que se partiría la nave*”.

Y, ¿dónde encontramos a Jonás? “*Pero Jonás había bajado al interior de la nave, y se había echado a dormir*”. ¿Qué clase de sueño fue esto? Fue el “sueño” de la *incredulidad*. Mientras Jonás dormía, los marineros clamaban a sus dioses. Aquí vemos al hombre natural en su mejor estado, orando, y vemos al hombre espiritual en su *peor* estado, durmiendo. Jonás estaba bajo el juicio y la ira de Dios, y ni siquiera lo sentía. Oh pueblo de Dios, es un momento oscuro en nuestra vida si hemos dejado tanto la comunión de Dios de modo que ni nos molesta ni oramos cuando estamos en esta triste condición. Hay momentos en la vida del pueblo de Dios cuando el Señor no muestra Su rostro, pero cuando esto causa angustia. David clamó: “*Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, en tierra seca y árida donde no hay agua*” (Salmos 63:1). Para el pueblo de Dios, estos momentos son tristes, pero no son sus *peores* momentos. ¿Cuáles son sus peores momentos? Lo peor es cuando ni aún nos da miedo cuando estamos en las tinieblas espirituales, y cuando el Señor esconde Su rostro. Y así se encuentra Jonás en aquel momento. Aquí vemos los amargos frutos del pecado en la vida de un hijo de Dios que se ha desviado.

Luego, cuando los marineros le preguntaron a Jonás quién era y de dónde venía, él les responde: “*Soy hebreo, y temo a Jehová, Dios de los cielos, que hizo el mar y la tierra*”. Nos demuestra que Jonás no había perdido por completo este conocimiento. Sin embargo, él también les dice con indiferencia que huía de la presencia de este Mismo Dios, y se pudo notar su indiferencia por el hecho de que había estado durmiendo en medio de una tormenta. Es como si él quisiera acallar la voz de su propia consciencia. Jonás no sintió angustiado, no se preocupó del hecho de que estaba actuando en contra de Dios.

Sin embargo, leemos: *“Y los marineros tuvieron miedo, y cada uno clamaba a su dios, y echaron al mar los enseres que había en la nave, para descargarla de ella”*. Cada persona tiene un conocimiento innato del hecho de que existe un Dios, y muchas veces esto se revela en momentos de aflicción y angustia. Hay veces que se ve esto cuando uno está muy enfermo, o en el lecho de la muerte.

“Cada uno clamaba a su dios”. Los marineros paganos clamaron al dios falso que se adoraba en la ciudad de donde venían. Como dijo el mismo Satanás a Dios: *“Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida”* (Job 2:4). Aunque Satanás es el padre de la mentira, aquí él dijo una verdad. Los marineros echaron todos sus enseres al mar, y ya no les importaba nada el valor de estas cosas. Sin embargo, mientras el pecado quedaba sin descubrirse, la tempestad no iba calmar para nada. Es un dibujo espiritual, amigos. Cuando el hombre se encuentra en aflicción, comienza a tirar sus cosas “al mar”: tal vez esta persona deja de cometer un pecado visible; otra persona trata de vivir una vida más santa. Sin embargo, si no se llega a conocer *la causa* de la aflicción, que es el pecado, no habrá ningún cambio.

Jonás se quedó durmiendo en la nave, y leemos que *“el patrón de la nave se le acercó y le dijo: ¿Qué tienes, dormilón?”* Jonás se despertó, y seguramente vio el miedo del patrón. Sin embargo, más aún, seguramente Jonás oyó el ruido del viento y vio los efectos de la tormenta. En un momento, Jonás se enfrentó con el rostro de un Dios airado.

Jonás se despertó a la ira de Dios. Luego leemos en versículo 7: *“Y dijeron cada uno a su compañero: Venid y echemos suertes, para que sepamos por causa de quién nos ha venido este mal”*. Así que echaron suertes. Amigos, no debemos creer en la suerte, y nunca debemos jugar los supuestos “juegos” de apostar o la lotería, ya que estos juegos están en contra de la palabra de Dios. Sólo hay una ocasión cuando podemos “echar suertes”, y esto es cuando se invoca el

nombre de Dios. Leemos en Proverbios 16:33: *“La suerte se echa en el regazo; mas de Jehová es la decisión de ella”*. A veces cuando hay un empate en la votación de la iglesia, se invoca el nombre de Dios y se echan suerte, siempre confiando que “de Jehová es la decisión”.

Sin lugar a dudas la consciencia de Jonás le estaba hablando, pero también el Señor lo iba a hablar y lo iba acusar. Es así que los marineros echaron suertes. Uno por uno, los marineros fueron absueltos por la suerte, hasta que se llegó a la conclusión que ya sabía Jehová, y que ya sabía Jonás. Cuando la última suerte fue echada, leemos que *“la suerte cayó sobre Jonás”*. Es como el Señor le dijera: “Jonás, es tu culpa todo esto”. Fíjense, amigos, que todos estos marineros eran paganos, pero la culpa de este mal cayó sobre el único hijo de Dios en la nave, sobre Jonás. Así ocurre en la vida de un hijo de Dios cuando el Señor lo hace culpable ante Dios.

De un momento a otro, Jonás se dio cuenta de que por culpa suya esta tormenta había venido sobre la nave. De un momento a otro, Jonás se dio cuenta de que él tenía que decirles a los marineros: *“Por mis causa ha venido esta gran tempestad sobre vosotros”*. Oh hijo de Dios entre nosotros, ¿alguna vez has experimentado esto en tu vida? ¿Alguna vez te has dado cuenta de que te has desviado tanto de tu Dios, y que te has echado a “dormir” espiritualmente? Si lo has experimentado, entonces también habrás oído las palabras de la voz de Dios: *“¿Qué tienes, dormilón?”* Y por la gracia de Dios, tú habrás dicho con Jonás: *“Por mi causa ha venido esta gran tempestad”*.

Esta fue la confesión de culpa de Jonás. El Señor le habló, y su consciencia le acusó. Es entonces que el hijo de Dios tiene que darle las gracias al Señor por haber intervenido en su vida. Jonás habría pensado: “Oh, ¿qué habría pasado si el Señor me hubiera permitido seguir a Tarsis?” ¿Alguna vez has experimentado esto, hijo de Dios en medio de nosotros?

Jonás se hizo culpable, y esto solamente sucede de verdad cuando el Señor le convence al pecador de su pecado. La suerte cayó sobre Jonás, y el pudo aceptar esto con todo corazón, porque ya se conoció como el culpable. Él pudo postrarse ante Dios y aceptar toda la culpa. Dios mediante, en el próximo sermón sobre este tema, vamos a considerar cómo Jonás pudo postrarse ante de Dios y estar de acuerdo con la santa justicia de Dios.

Ahora, antes de terminar con algunas palabras de aplicación personal, vamos a cantar **del Salterio 114, las estrofas 1 y 2.**

APLICACIÓN

“Y Jonás se levantó para huir de la presencia de Jehová a Tarsis”. Querida congregación, esta es la imagen de cada uno de nosotros, seamos jóvenes o adultos. Cada uno de nosotros hemos recibido el mandato de Dios cuando Él nos creó en el Paraíso: “Vive de una manera santa, y guarda mis estatutos en el temor de mi Nombre”. ¿Fue un mandato difícil? ¡No! No lo fue, porque fuimos creados capaces de cumplir lo que Dios mandó, pues Él nos creó bueno y a Su imagen. Sin embargo, ¿qué sucedió? De nuestra propia voluntad hemos querido separarse de Dios, y de este modo nuestra vida llegó a ser una huida constante de la presencia de Dios. El Señor nos dice: “Oh viajero hacia la eternidad, teme y adora mi Nombre”. No obstante, nosotros aborrecemos a Dios por nuestra naturaleza. Dios ha dicho: “Guarda mis mandamientos”, pero nosotros somos culpable de no guardar ninguno de los mandamientos. Igual que Jonás, que huyó al Oeste cuando el Señor le dijo que fuera al Este, cuando el Señor nos dice “Odia el pecado”, nosotros amamos el pecado.

Oh querido amigo, ¿estás de huida todavía? ¿Estás de ida a Tarsis, cada vez más y más lejos de Dios? ¿Eres como Jonás, que estaba durmiendo cuando los marineros estaban angustiados y

afligidos? Hay tantas personas no salvas que saben muy bien que están viajando hacia el infierno, y que saben que cuando mueran, comparecerán ante el tribunal de Dios. No obstante, estas personas no convertidas viajan tranquilamente, como Jonás que dormía mientras la tormenta azotaba la nave. Oh querido amigo, ¿estás huyendo de Dios mientras duermes como si no pasara nada? Espero que el Señor envíe un gran viento en el mar de tu vida, porque cuando esto ocurre, la persona deja de huir de la presencia de Dios. Miremos algunos ejemplos de la Biblia de cómo el Señor “despierta” a los pecadores.

“*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*”(Hechos 9:4) Cuando Saulo oyó estas palabras, es como si se despertara al instante, y cayó a la tierra culpable, temblando ante el rostro de Dios. “*Sígueme*”, dijo Jesús al publicano, y el mismo momento Leví se despertó y reconoció su culpa. Amigos, lo importante no es *cuál* de los medios emplee el Señor para despertarnos, sino el privilegio que el Señor Mismo nos despierte. Oren que Dios obre esto en su corazón, mi amigo no salvo. Jóvenes, pidan al Señor que Él envíe un gran viento de Su Espíritu para despertarles de su sueño espiritual. Que todos nosotros pidamos a Dios que Él nos detenga en el camino en que viajamos por la naturaleza, el camino ancho y espacioso que lleva a la perdición. No hay nadie que sea demasiado joven para morir, y por eso oren que Dios los convierta igual que Él convierte a todos Sus hijos.

“*¿Qué tienes, dormilón?*” Hay un pueblo entre nosotros que, por más que viva en muchas tinieblas, puede responder a esta pregunta a veces con la respuesta: “*Soy hebreo, y temo a Jehová, Dios de los cielos, que hizo el mar y la tierra*”. Oh pueblo de Dios, ¿no es cierto que nos desviamos de los caminos de Dios a veces? Hay otras veces que nos desviamos de Dios sin darnos cuenta de ello. La palabra de Dios dice: “*Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto*” (Apocalipsis 3:1). Como dice Jehová en Su Palabra acerca de Su propio

pueblo: “*Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas rotas que no retienen agua*” (Jeremías 2:13). Habiendo dejado a Dios, no tienen miedo de los juicios de Dios, ni se aflige cuando el Señor esconde Su rostro. Igual que Jonás, se han echado a dormir en el interior de la nave.

Cuando es la verdadera obra de Dios en el corazón, Él viene con un viento fuerte para hacer volver a Su pueblo. Esto no les agrada según la carne, pero igual que Jonás, por la gracia de Dios este pueblo puede estar de acuerdo con la justicia y los justos juicios de Dios, y puede postrarse delante de Su Santo Rostro. Oh pueblo de Dios, ¡el pecado es tan amargo, y el fruto de dejar a Dios es también amargo! Oren mucho que Dios les haga andar en la comunión con Él, y que puedan caminar ante el Rostro de Dios.

Tenemos unas pocas palabras más antes de terminar el mensaje. “*He aquí más que Jonás en este lugar*” (Lucas 11:32). Siempre debemos señalar al Jonás Mayor, y siempre debemos tener a Él como nuestro fin. No terminemos el mensaje pensando en el Jonás el hombre, sino en el Jonás Mayor, que es Jesucristo, el Gran Profeta y el Gran Rey. Si Jonás el hombre recibió una tarea difícil, ¡cuánto más difícil fue la tarea del Jonás Mayor! “Vete al mundo entero y pregonas contra ello”. Jonás no fue crucificado en Nínive, pero Cristo, el Jonás Mayor, sabía antes de venir a este mundo que iba a ser crucificado allí. Oh, el Jonás Mayor se sometió completamente al mandato de Dios, y nunca huyó como Jonás el profeta. Y ahí encontramos la posibilidad de ser salvo para cada uno de nosotros. Él obedeció perfectamente el mandato de Su Padre, y por lo tanto hay esperanza para pecadores que han huido de Dios.

“*He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel*”. Aquí encontramos la razón por la cual los que se duermen como Jonás todavía pueden ser salvos, porque “*he aquí más que Jonás en este lugar*”. Cristo vino al “Nínive” que es este mundo, y Él predicó el mensaje que Le

había dado Su Padre. El resultado fue que el “Nínive” de este mundo Lo echó y Lo crucificó. Sin embargo, este Jonás Mayor, Jesucristo, tenía y tiene un pueblo en el mundo para quienes Él sufrió y murió, para que ellos lleguen a ser piedras preciosas en la corona del Mediador ...
Amén.